

Oct 27/
170

EL LIBRO DE MIS HIJOS.

HISTORIA
DE TODOS LOS PUEBLOS,

POR

D. NARCISO BUENVENTURA SELVA,

Abogado del Ilustre Colegio de Madrid y ex-diputado à Cortes.

ENTREGA 10-

Sigo -

MADRID:—1870.

IMPRESA ESPAÑOLA.

Arco de Santa María, 7.

L47
3322

ST. LOUIS, MO. 1880

W. W. BROWN

PRINTED BY W. W. BROWN

AT THE PRESS OF W. W. BROWN

ST. LOUIS, MO. 1880

Lam.^a 8.



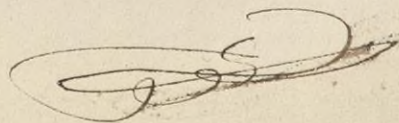
Mupica

Institucion del Diezmo

[Handwritten signature]

avaricia de su tío, necesitó sucumbir á servirlo tercera vez despues del nacimiento de José, para evitarse y evitar á su familia los graves males del ódio y la persecucion; pero la hora de su libertad era llegada y Dios ordenó quanto era necesario para que la consiguiera.

Pasado algun tiempo él mismo y todo su linaje abandonaron la tierra de Canaan para trasladarse á Egipto en el terrible instante de la necesidad y el hambre. Recibidos con amor y obsequiados en un principio hallaron hospitalidad, establecimiento y riqueza delante de los Faraones; pero cuando estos olvidaron lo que debian á José, los descendientes del patriarca no encontraron otra cosa que ódio y enemistad, y tuvieron que sufrir la mas dura de las servidumbres, hasta que la misericordia de Dios se apiadó de ellos y les restituyó la ansiada libertad. La historia de este notabilísimo suceso, es la realidad de lo figurado en Jacob. Se hallaba este, pues, al servicio de Laban, y hasta se puede inferir que se iba acostumbrando á aquella manera de vivir y olvidándose de sus padres, porque para restituirlo á ellos fué necesario que Dios se lo recordase. La division de ganados, que acababan de realizar, y que hizo comprender á Laban lo equivocado de sus cálculos, no solamente irritó el ánimo de este, que principió á mirar con desden á su yerno, sino es



que excitó además las murmuraciones de sus hijos, que censuraban públicamente á su cuñado de haberse apropiado todo lo perteneciente á su padre, y de haberse hecho rico á su costa (1). Pero ni todas estas murmuraciones, ni los peligros, á que le esponian, decidieron á Jacob á abandonar este lugar, hasta que el Señor le ordenó que volviera á la tierra de sus padres y á su familia, porque entonces le acompañaria (2). Jacob envió á llamar á sus dos mujeres, que estaban en el campo al cuidado de sus rebaños, y les hizo presente que observaba una variacion desagradable en la conducta de Laban para con él, á la que no le temia, porque el Dios de su padre estaba en su auxilio. Les recordó que habia servido con todas sus fuerzas, y que éste le habia engañado diez veces, cambiándole el salario. Pero que Dios no le habia consentido el logro de su perversa ambicion, porque, cuando elegia para él todo lo que naciera pintado, todos los corderos nacian de un color, y cuando se reservaba los de esta clase, todos salian manchados. Les descubrió que esto sucedia por la misericordia del Señor, que le habia revelado un ángel, y concluyó manifestándoles, que era ya la hora de abandonar aquel país,

(1) Génesis, cap. 31, vv. 1 y 2.

(2) Idem, id., id., v. 3.

porque el Dios de Bethel, donde habia ungido la piedra, y prometido un voto, se lo habia mandado (1). Raquel y Lia le contestaron haciéndole ver que nada tenian que procediera de su padre, que las habia tratado como á extrañas, y que, despues de haberlas vendido, ni aun les habia entregado su dote; y le aconsejaron que cumpliera la voluntad de Dios, que las habia dado cuanto tenia para ellas y para sus hijos (2). Entonces se levantó Jacob, y tomando toda su herencia, todos sus ganados, y cuanto habia adquirido en la Mesopotamia, emprendió su viaje á la casa de su padre en la tierra de Canaan, sin advertírsele á su suegro, que se encontraba en otra comarca ocupado en el esquila de los rebaños (3). Raquel, aprovechando aquella ocasion, se apoderó de los ídolos de su padre, ya fuese para reintegrarse de su dote, si como algunos creen eran de oro y plata, ó ya para evitar que continuase en la idolatría, como opinan otros.

Esta accion de Raquel no admite disculpa segun los padres de la Iglesia, aun cuando fuera hija de un celo indiscreto, porque ninguno tiene derecho para apoderarse de lo ageno, contra la voluntad de

(1) Génesis, cap. 31, vv. 4 y siguientes.

(2) Idem, id., id., v. 14, 15 y 16.

(3) Idem, id., id., vv. 18, 19 y 20.

su dueño, ni para ser juez de su propia causa, y Raquel tuvo inmediatamente el disgusto de oír de los labios de su esposo la gravedad de su delito. Porque, habiendo sabido Laban la fuga de su yerno, armó á los de su familia, y salió en su persecucion. Jacob habia pasado ya el Eufrates, y se dirigia al monte de Galaad; pero Laban lo alcanzó en este á los siete dias de su marcha, y cuando aquel habia fijado ya sus tiendas (1). Hizo este lo mismo; pero Dios se le apareció en sueños y le mandó que se abstuviera de hablar con aspereza á Jacob. Entonces se le acercó, y le reconvino porque se llevaba sus hijas sin su conocimiento, y como si fueran prisioneras de guerra, y se lamentó de que le hubiese dejado sin advertírselo, para que le hubiera obsequiado en la despedida, y sin dejarle besar á sus hijas é hijos. Despues le manifestó que se hallaba con fuerzas bastantes para hacerle mal, pero que Dios le habia prohibido ofenderle hasta de palabra, y aprobando que fuera á reunirse con sus padres, le reprendió porque le habia quitado sus ídolos (2). Jacob asombrado al oír aquella acusacion tan inesperada le respondió, que le habia dejado sin despedirse por temor de que le quitara sus hijas por

(1) Génesis, cap. 31, vv. 21, 22, 23, 24 y 25.

(2) Id. id. vv. 26 y siguientes.

fuerza; pero que en cuanto al robo que le suponía desde luego condenaba á muerte á la persona en cuyo poder se encontraran los ídolos, cualquiera que fuese. Tan ignorante estaba Jacob de la accion de Raquel. Sin embargo, su padre entró en las tiendas de Lia y de las dos siervas, y nada encontró. Pero cuando se personó en la de Raquel, esta escondió precipitadamente los ídolos debajo del aparejo de un camello, y sentándose encima, se escusó de levantarse, cuando se le acercó el que iba registrando, y Laban nada consiguió (1). Jacob satisfecho de este resultado y ofendido por lo que creyó una calumnia, reclamó el juicio de todos los presentes sobre la ofensa que se le habia hecho, y recordó á su suegro los importantísimos servicios que le habia prestado, y su ingratitud en la recompensa. Pero Laban puso fin á aquella contienda confesándole conmovido que todo lo que veia era suyo y de sus nietos é hijas, y le rogó que restableciera su amistad y se conservara en alianza perfecta. Jacob tomó entonces una piedra, y, llevando otras los que estaban presentes, formaron un monton ó majano, (2) sobre el cual comieron, y le pusieron el nombre de majano del testigo ó del testimonio, se-

(1) Génesis, cap. 31, vv. 31 y siguientes.

(2) Idem, id., id., vv. 44 y siguientes.

gun el diferente dialecto que hablaba cada uno. Laban exclamó despues: «El Señor mire y juzgue de nosotros, cuando nos hayamos separado de aquí. Si affigieres á mis hijas, ó tomares otras mujeres ademas de ellas, ningun testigo hay de nuestras palabras mas que Dios, que presente nos esté mirando. Vé este majano y esta piedra que he levantado entre nosotros: y será testigo: y este majano y esta piedra sean en testimonio, si yo pasare de él, para ir á ti, ó tu le pasares con designio de hacerme mal. Entonces juraron Laban por el Dios de Abraham y el Dios de Nacor, y Jacob por el Dios de Israel su padre. Despues inmolaron las víctimas, dieron de comer á toda su familia y pernoctaron reunidos. Laban se levantó antes de amanecer y besando á sus hijas y nietos emprendió en marcha hácia la Siria de que procedia (1).

Jacob continuó su viaje al país de Canaan. Pero así como al dirigirse veinte años antes á Mesopotamia pobre y desvalido, Dios le confortó en las intermediaciones de Luza con la vision de la escala misteriosa que le colmó de esperanzas, entónces, que regresaba rico y poderoso, aunque poseido del temor, que le inspiraba su hermano, le ofreció otra vision de dos ejércitos de ángeles, que iban en su

(1) Génesis, cap. 31, vv. 48 y siguientes.

compañía como prueba de que vencería á sus enemigos. Por eso dió á aquel lugar el nombre de Mahanaim, que quiere decir campamentos, ó dos campamentos (1).

A pesar de ello, el prudentísimo patriarca procuró aplacar á su hermano con dádivas, que le hicieran conocer su cariño y consideracion, y le envió mensajeros á la tierra de Seir y comarca de Edom, en donde habitaba, con encargo de que le dijeran que él, despues de haber estado peregrino en casa de Laban, volvía rico y lleno de bienes en su busca, como á su Señor, para ofrecerle su respeto. Pero los mensajeros volvieron asustados, y le dijeron que Esaú caminaba apresuradamente á su encuentro con cuatrocientos hombres (2). Amedrentado Jacob, dividió su gente y sus ganados en dos cuadrillas, y les advirtió que si llegaba su hermano y destruía la primera, se pusiera en salvo la segunda del mejor modo que pudiese (3) y dirigiéndose despues á Dios, y formando de su misericordia su única esperanza, pronunció la siguiente oracion, que puede servir de modelo á los que en la tribulacion necesiten su amparo, y se lo pidan con la fé del santo Patriarca: «Dios de mi padre Abraham y

(1) Génesis, cap. 32, vv. 1.º y 2.º

(2) Idem, id., id., vv. 3, 4, 5 y 6.

(3) Idem, id., id., vv. 7 y 8.

Dios de mi padre Isaac: Señor, que me dijiste: ¡Vuélvete á tu tierra y al lugar de tu nacimiento, y te haré bien! Inferior soy á todas tus misericordias y á tu verdad, que has cumplido á tu siervo. Con mi cayado pasé este Jordan, y ahora vuelvo con dos cuadrillas. Líbrame de la mano de Esaú, mi hermano, porque le temo mucho: No sea caso que viviendo hiera á la madre con los hijos. Tú me dijiste que me harías bien, y que multiplicarías mi posteridad como las arenas del mar, que por su muchedumbre no se puede numerar.» (1) Aquella noche permaneció en el mismo sitio. Pero al amanecer separó de lo que tenia para regalar á su hermano doscientas cabras y veinte machos de cabrío, doscientas ovejas y veinte carneros, treinta camellos con sus crias, cuarenta vacas y veinte toros, y veinte jumentos con diez pollinos, y lo envió todo con sus siervos, encargando á los conductores de las diferentes manadas, que dejaran espacios entre ellas (2). Ordenó tambien al primero, que cuando encontrase á Esaú, y le preguntara de quién era, ó á dónde iba, ó de quién era aquel ganado, que le respondiera que de su siervo Jacob, que se los enviaba á su Señor Esaú y que él mismo examinaba

(1) Génesis, cap. 32, vv. 9, 10 11 y 12. (1)

(2) Idem, id., id., vv. 13, 14 y 15. (2)

detrás. Comunicó las mismas órdenes á los demás conductores, que marcharon inmediatamente, continuando él en aquel lugar, donde pernoctó (1). Mas levantándose muy temprano, hizo que sus dos mujeres, sus siervas y sus once hijos pasaran el vado de Jaboc, y habiendo pasado despues quanto le pertenecia, se quedó solo (2). Entónces se le presentó un hombre, que entabló con él una violenta lucha, que duró todo el resto de la noche, y viendo que no le podia vencer, le tocó en el nérvio del muslo, que en el mismo instante se le entorpeció, y le rogó que lo dejara, pues que ya se levantaba el alba; pero Jacob se negó á ello y le contestó que no le soltaria hasta que lo bendijere. Le preguntó qué nombre tenia, y respondiéndole que Jacob, se lo cambió por el de Israel, que significa hombre que vé á Dios, ó príncipe de Dios, diciéndole que lo hacia así, porque, habiendo sido fuerte delante de Dios, prevalecería contra los hombres con mayor razon. El santo patriarca le preguntó tambien su nombre; pero el Angel esquivó la contestacion, le bendijo, y desapareció. (3) Jacob dió á aquel lugar el nombre de Fanuel diciendo: « he visto á Dios cara á cara y mi alma ha sido salva!! El sol salió

(1) Génesis, cap. 32, vv. 16 y siguientes.

(2) Idem, id., id., vv. 21, 22, 23 y 24.

(3) Idem, id., id., vv. 27, 28 y 29.

poco tiempo despues. Jacob advirtió, que estaba cojo, y esta fué la razon, porque los Israelitas se abstuvieron constantemente de comer el nérvio de la pierna (1).

Al emprender la marcha, el patriarca vió que Esaú se acercaba con sus cuatrocientos hombres y dividiéndo su familia, colocó delante á las dos siervas con sus hijos, despues á Lia con los suyos y últimamente á Raquel con José, y adelantándose él, se humilló siete veces encorvándose hácia la tierra, hasta que su hermano llegó. Esaú al mirarlo tan respetuoso corrió á su encuentro y abrazándolo y besándolo, lloró de placer (2). Mas como alzando los ojos viera las mujeres, y los niños que iban con ellas, le preguntó, si le pertenecian, y respondiéndole que sí, se le acercaron todos saludándole respetuosamente. Preguntó tambien de quién eran los hatos de ganado, que habia encontrado en el camino, y como su hermano le dijera, que eran presentes, que le enviaba para conseguir su gracia, él le manifestó, que era riquísimo y que no debía privarse de nada, y como Jacob insistiera, aceptó al fin lo que le ofrecia. Despues Esaú lo invitó á que siguieran juntos el viaje, pero haciéndole aquel presente

(1) Génesis, cap. 32, vv. 30 y siguientes.

(2) Idem, id., 33, vv. 1, 2, 3 y 4.

que no le era posible por llevar en su compañía tantos niños y ganados, se separaron con la mejor armonía cariñosamente, dirigiéndose Esaú á Seir de donde habia salido, y continuando Jacob su camino hasta un paraje entre el torrente de Jaboc y el Jordan, tendió allí sus tiendas, y edificó una casa en el mismo sitio en que estuvo despues una ciudad perteneciente á la tribu de Gad, y dió á aquel lugar el nombre de Socoth, que significa las tiendas (1). Algun tiempo despues pasó al otro lado del Jordan, y se estableció en las inmediaciones de Salem que estaba en frente de Socoth y pertenecia á los Siquemitas en la comarca de Sicar ó Samaria, donde compró un campo á Temor, padre de Siquem, por cien corderos, y levantó en él sus tiendas, y erigió un altar invocando el amparo del Dios fortísimo de Israel (2).

(1) Génesis, cap. 33, vv. 5 y siguientes.

(2) Idem, id., id., vv. 16 y siguientes.

que no le era y era en su compañía
 tanto niños y ganados —
 alguna estacion de descanso para á ser
 VIOLACION DE DINA: VENGANZA DE LOS HIJOS DE JACOB.

Es el valor una virtud, cuando regulado por los consejos de la prudencia, ó modificado por las instituciones sociales, no traspasa los límites de lo justo, y se ejercita en defensa de ello. Pero, cuando no tiene otra guía que la propia conciencia de cada uno, y puede obedecer sin temor al desenfreno de las pasiones humanas, declina fácilmente en temeridad, y el que lo posee, está espuesto á los crímenes mas atroces. Por esa razon el valor fué mirado en todos los tiempos como el primer elemento de fortuna y de dignidad para el hombre, y por lo mismo tambien, desde que se conocen las asociaciones civiles, todos las legisladores consagraron sus cuidados á modificarlo y regularizarlo, y contenerlo dentro de límites fijos, que imposibilitaran sus excesos. Al valor se debió indudablemente el bien de la humanidad; el valor fué, es y será el mayor apoyo de la justicia, y la sola defensa de los derechos sociales, generales y personales. Pero lo es cuando se asemeja á los rios, que bien encauzados derraman dulcemente sus aguas sobre las campiñas por donde discurren, y arrojan sobre

ellas, la vida y la fecundidad. Mas cuando semejante á los aluviones, rompe las barreras, que se oponen á su furor y se derrama desordenadamente por todas partes, destruyendo y arrasando cuanto se le pone delante, entónces es una de las mayores calamidades.

Por eso tambien, y en el primer caso, el valor fué el origen de las diferencias dignas y veneradas entre los hombres, y por lo mismo, y en segundo, lo fué y lo será siempre de las distinciones mas execrables.

Han creido algunos filósofos, que la diferencia de los hombres entre nobles y plebeyos ha debido su origen al valor, y que es por lo mismo tan antigua como el mundo. (C) Segun ellos, todos los habitantes de la tierra despues del diluvio fueron iguales. Salvajes todos y errantes por los campos, sin sociedad, sin idioma, y sin razon alguna de diferencia de los demás animales, se disputaban todo lo necesario á la subsistencia, y hasta las mujeres, sin las cuales era imposible la familia. Los valientes dominaron á los cobardes. Entronizados aquellos y sumisos estos, se establecieron lógicamente los gobiernos y las diferencias de clases.

En el segundo período de la historia general del mundo, hicimos ya ver todo lo absurdo y erróneo de estos sistemas; para ello no obstante, es preciso con-

venir en que tienen razon al afirmar, que el valor fué el origen de muchos gobiernos, y de muchas distinciones. Es esta una contribucion mas que pagan á la verdad, y á lo escrito por Moisés. Entre este y aquella no hay mas diferencia, que la de atribuir los unos, á todas las cosas la violencia, y otros á la razon y á la derivacion lógica de los sucesos.

Cuando despues de la separacion de las gentes en la torre de Babel sobrevinieron las segundas emigraciones, y con ellas la discordia, la lucha y la guerra, los débiles necesitaron el amparo de los fuertes, y los valientes acudieron al auxilio de los cobardes. Acometiendo unas veces, y defendiendo otras, los hombres se reunieron y nombraron sus jefes, sus reyes, sus generales: y entre tanto que las mujeres, los niños, los débiles y los ancianos descansaban en la paz, los robustos y los fuertes luchaban y combatian para conservarlos, para defenderlos, para enriquecerlos, y aumentar sus necesidades. Por eso Nemrod se hizo poderoso en Senaar: para eso salieron Asar y otros patriarcas á la cabeza de sus pueblos, y se establecieron en diferente paises. Pero la calamidad cesó, y sin embargo subsistió la necesidad; la posibilidad de nuevos conflictos enseñó á los hombres á conservar sus caudillos, y á establecer la division de clases, reyes,

generales, jefes y oficiales subalternos; militares, sacerdotes, labradores y artesanos, todos debieron su origen á esta necesidad comun. Por esto distinguen tan perfectamente estas clases las legislaciones de los pueblos primitivos, y principalmente la de Egipto. El valor fué honrado, como debia serlo, porque era el apoyo de los desvalidos, y porque era tambien el medio de engrandecimiento del que valia algo.

Así es que, cuando se recorre la historia antigua, no se encuentra en ella otra cosa que un cántico dedicado á los valientes: el valor se vé ensalzado por todas partes. Pero el valor es tambien el que mancha á la humanidad con crímenes horribles. Grande y sublime dentro de la ciudad, es tremendo y espantoso, cuando ella falta, y se encuentra en personas, á las que no contienen ni las leyes civiles, ni los principios modificadores de las conveniencias sociales, porque no conocen las primeras, y porque para ellos la sociedad no traspasa los límites de la familia.

Así sucedió con la de Jacob. Vivian sus hijos bajo su autoridad patriarcal en las inmediaciones de Siquem, sin derecho escrito á que obedecer, y sin otro regulador de sus acciones que su propia conciencia y la voluntad de su padre, cuando la consultaban, y estaban espuestos á todos los excesos de su valor.

Ocurrió entonces, que Dina, hija de Lia, que debía tener quince ó diez y seis años, salió á ver las mujeres de la ciudad, y habiéndose apasionado de ella Siquem, hijo de Hemor Heteo, príncipe de aquella tierra, la robó y abusó de ella violentamente. Pero su amor era estremadísimo, y despues de hacer cuanto pudo para consolarla, se presentó á su padre y le rogó encarecidamente que se la pidiera á Jacob para esposa. Este supo la ofensa, que se le habia hecho con su hija, pero á pesar de su dolor, calló y disimuló hasta que llegaran sus hijos, que estaban ausentes y ocupados en el pasto de sus ganados; más apenas llegados éstos se les presentó Hemor y animado de los mayores deseos de paz, les pidió á Dina para esposa de su hijo. Los de Jacob se mostraron irritadísimos, y afearon la accion indigna de Siquem; pero Hemor procuró aplacarlas haciéndoles conocer el amor que este profesaba á su hermana, y la conveniencia de que todos se aliasen y vivieran como una sola familia: el mismo Siquem se humilló ante ellos, les pidió perdon, y ofreció dotala con cuanto ellos le pidieran (1). Los hijos de Jacob aparentaron hallarse dispuestos á hacerles gracia, pero les impusieron una condicion durísima. Nosotros, les dijeron, no podemos dar nuestra her-

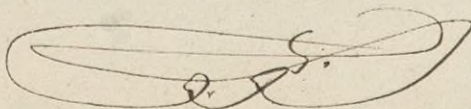
(1) Génesis, cap. 34, vv. 1 y siguientes.

mana á incircuncisos. Circuncidáos todos, y entonces daremos y tomaremos mujeres recíprocamente, y viviremos como un solo pueblo: si no aceptais esta condicion, recogeremos á nuestra hermana y nos marcharemos. A pesar de lo gravísimo de esta proposicion, Hemor y Siquem la aceptaron, y volviendo á la ciudad, convencieron á todo su pueblo, que se conformó tambien, y al dia siguiente se circuncidaron todos los varones (1). Parecia que á este acto de abnegacion, debieran seguirse inmediatamente la paz y la concordia; pero dos hijos de Jacob, Simeon y Leví, hermanos de Dina, aprovechando la circunstancia del dolor, que la circuncision producía á los habitantes de la ciudad á los tres dias de haberla sufrido, se introdujeron armados en ella y pasaron á cuchillo á todos los varones y tambien á Hemor y Siquem, de cuya casa retiraron á Dina. Los demás hijos de Jacob entraron despues del combate, y despojaron los muertos y saquearon la ciudad, y se llevaron cautivos á todas las mujeres y á los niños (2).

Estrago horrible, y venganza indigna, por mas que se engrandezca la injuria que la motivó, la accion de los hijos de Jacob no podia ser agradable á

(1) Génesis, cap. 34, vv. 1 y siguientes.

(2) Idem, id., id., vv. 24 y siguientes.



justicia del patriarca. Habian faltado á su palabra: habian acometido á hombres, que, sino estaban imposibilitados de la defensa, no podian hacerla completa, y aquella iniquidad no debia quedar sin castigo. Jacob lo temió. Informado del suceso reconvinó ágríamente á sus hijos Simeon y Leví, que le respondieron con osadía, que nada les podia obligar á consentir, que su hermana hubiera sido tratada como una ramera, y desde entonces les hizo comprender el peligro inminente en que se encontraban, siendo ellos tan pocos, y habiendo ofendido tan gravemente á los Cananeos y los Fereceos, que dominaban en aquella tierra (1).

CAPITULO XVII.

CLEMENCIA DE DIOS: PIEDAD DE JACOB: SU MARCHA A BETHEL: MUERTE DE DEBORA: MUERTE DE RAQUEL: REUNION DE JACOB CON ISAAC: MUERTE DE ESTE PATRIARCA: DESCENDENCIA DE ESAÚ.

Era justo y racional el temor de Jacob; porque allí donde se encuentra el delito, allí está siempre la justicia del Señor. La accion de iniquidad, en

(1) Génesis, cap. 34, vv. 27, 30 y 31.

que incurrieron Simeon y Leví, y de la que, sino fueron autores, fueron por lo menos cómplices sus demás hermanos, que no solamente no la evitaron, sino es que además se aprovecharon de las consecuencias de ella, despojando los cadáveres, saqueando la ciudad, y cautivando á los desvalidos, debía irritar á los pueblos comarcanos y escitarlos á la venganza, y atraer sobre los Israelitas la ira y los castigos de Dios. A él acudió Jacob inmediatamente como bueno; en él encontró apoyo escuchando su voz y poniendo en práctica los consejos de la prudencia. Pero, si con su fé y esperanza logró conseguir de Dios que los salvara del inmenso riesgo, en que se encontraba de perder á toda su familia en un solo dia, no obtuvo sin embargo la impunidad del atroz delito, y desde entonces su descendencia vivió por mucho tiempo entre el dolor y la desolacion. ¡Terrible ejemplo de la justicia de Dios! La historia de los hijos de Jacob enseñará siempre á los hombres, que el delito no deja de serlo, porque se cometa en perjuicio de otros delincuentes. Y erran y se equivocan lastimosamente los que quieren disculpar á los hijos de Jacob, porque su maldad tuvo por objeto el castigo del pecado cometido por Siquém. Como ellos no eran sus jueces, y como, no siéndolo, su accion no podia ser mas que una feroz venganza, y por las formas, en que la tomaron, un

asesinato alevoso, Dios les hizo justicia y los castigó: la paz desapareció de aquella familia, hasta aquel tiempo tan feliz. Dios invocado por el santo Patriarca en el momento de su turbacion, le ordenó que se retirase de aquellos lugares manchados de sangre y de crimen, y se trasladara á Bethel, y le edificase un altar (1), y él aprovechando el estupor en que la barbárie de sus hijos habia sepultado á las ciudades circunvecinas, les mandó á todos que se justificasen y le entregaran los ídolos que tuvieran, ya propios, ó ya sustraídos de la ciudad saqueada, y que se mudaran las ropas que vestian, cuando perpetraron el delito. El remordimiento, es como digimos antes, el inseparable compañero del pecado; es el precursor de la pena; es la verdadera pena de la condicion moral del hombre; y el remordimiento siempre es cobarde; porque contra los terribles cargos de su acusacion, jamás hay defensa: porque la conciencia qué acusa, y que no puede engañarse á sí mismo, es la justicia que condena.

Nunca se vió Jacob más obedecido que en aquel momento de horror, y acaso tambien de arrepentimiento. Todos hicieron lo que les mandaba, y pusieron á su disposicion los ídolos con cuanto era ad-

(1) Génesis, cap. 35, vv. 1 y siguientes.

herente á ellos, y el santo Patriarca, para quitarles hasta la esperanza de recobrarlos, abrió una fosa y los enterró secretamente al pié de un terrebinto mas allá de la ciudad de Siquém (1). Entonces á la cabeza de su pueblo, y acaso despues de dar libertad á los cautivos, como debe creerse de su piedad, emprendió su camino en direccion de Luza, donde habiendo llegado al mismo paraje, en que Dios se le apareció y vió la escala misteriosa, tornó á levantar el altar y á adorar al Señor confirmándole el nombre de Bethel ó casa de Dios, que le habia dado antes. El Señor se le apareció nuevamente, y le confirmó las antiguas bendiciones.

A su regreso de Mesopotamia, y sin duda con el afán de ver á su ama, se habia unido á la familia de Jacob Debora, nodriza de Rebeca; pero Dios no consintió que tuviera el placer de presentarla á su madre, porque falleció en aquellos dias, y él la enterró en el monte al pié de una encina que por este motivo se llamó del Llanto (2).

Llanto debia derramar despues el buen patriarca. Terminadas aquellas ceremonias, Jacob levantó su campo, y emprendió nuevamente su viaje á Hebron para reunirse con sus padres. Pero al lle-

(1) Génesis, cap. 35, vv. 2 y siguientes.

(2) Idem, id., id., v. 8.

gar durante la primavera á Efratá, sintió Raquel los dolores del parto, y como este se presentara difficilísimo, tuvieron que suspender la marcha. La partera procuró tranquilizarla asegurándole un resultado feliz; pero la desgraciada espiró en fuerza del dolor, y en los últimos instantes de su vida puso al niño, que habia parido, el nombre de Benoní, ó hijo de mi dolor, que su padre le cambió por el de Benjamin; es decir, hijo de la diestra, ó báculo de mi vejez (1). Jacob enterró á su querida Raquel en el camino de Efratá, ciudad notabilísima entonces por haberla fundado, y dado aquel nombre la segunda mujer de Caleb, y madre de Hur, y muchísimo mas notable despues y bajo su nuevo nombre de Bethlehem, por haber nacido en ella David, y Jesús el Salvador de los hombres (2). El patriarca erigió un monumento sobre aquella sepultura, y abandonó inmediatamente aquel lugar de tan penoso recuerdo, y trasladó sus tiendas al otro lado de la ciudad, y sitio llamado la torre del Ganado, donde le aguardaba otro nuevo pesar, tanto mas grave y afflictivo, cuanto era mas irregular y menos esperado. La maldad agitaba á los hijos de Jacob, que de momento á momento se fueron haciendo mas mere-

(1) Génesis, cap. 35, vv. 16 y siguientes.

(2) Idem, id., id., v. 19.

cedores del tremendo castigo, que el Señor les hizo sufrir algun tiempo despues por medio de los egipcios. Ruben el primogénito de ellos, faltando al respeto que debia á su padre, y olvidándose de todos los principios de la decencia y de la honestidad, abusó de Bala, concubina de Jacob, y cometió un delito de incesto que llenó de amargura los últimos dias del venerable anciano (1).

Reunióse este por fin á sus padres, pero algunos años despues de la época á que nos vamos refiriendo, falleció Isaac á la edad de ciento ochenta y dos años, en la ciudad de Arbé ó Hebron, donde sus dos hijos, que habitaban con él, lo enterraron en el panteon de Abraham y de Sara sus padres (2).

Ninguna accion notable ilustró la vida de Isaac, esceptuando su sacrificio; pero tuvo el consuelo de conocer una numerosa posteridad á pesar de no haber tenido mas que dos hijos, porque además de los nietos que tuvo por Jacob, y que ya hemos reseñado, tuvo tambien por Esaú los que vamos á enumerar. Este patriarca tuvo tres mujeres, dos heteas, y una hija de su tio Ismael, hermano de Isaac. La primera se llamaba Ada, ó Judith hija de Elon ó Basemath, y de ella nació Elifaz que tuvo siete hi-

(1) Génesis, cap. 34, v. 22.

(2) Idem, id., id., vv. 27, 28, y 29.

jos, llamados Theman, Omar, Sefo, Gatham, Cenez, Amalech y Coré. La segunda fué Olibama ó Besamath, hija de Elon ó Ana hebeo, que le dió tres hijos, llamados Jehus, Ihelon y Coré. Y la tercera que fué Besamath ó Mahelet, hija de Ismael, tuvo á Rahnel, que engendró á Nahat, Zara, Samma y Meza (1).

Despues de la muerte de Isaac, y dividida su herencia, los dos hermanos se volvieron á separar porque el término de Hebron no era bastante para sus ganados, y Esaú se dirigió á sus antiguas posesiones en la tierra de Seir, habitada como la de Canaan, por otros varios pueblos. Hay sin embargo de notable en este hecho, que al referirlo Moisés nos dá una idea bastante exacta del gobierno de aquel país, que debia ser una república aristocrática administrada por los jefes ó cabezas de cada tribu (2). Y esta es la razon, porque no solamente dá el nombre de caudillos ó duques ó conductores á los hijos ó nietos de Esaú, sino tambien á los representantes de las otras familias, que procedian de Seir Horreo, de quien tomaba en denominacion aquella tierra. Este tuvo siete hijos llamados Lotan, Sobal, Sebeon, Ana, Dison, Eser y Disan, y una hija lla-

(1) Génesis, cap. 36, vv. 1 y siguientes.

(2) Idem, id., id., v. 20 y siguientes.

mada Tamna, que casó con Elifaz hijo de Esaú. Lotan tuvo dos hijos llamados Heri y Heman. Sobal cinco, que fueron Alban, Manahat, Ebal, Sefo y Onam: Sebeon dos, Aya y Ana, y éste otros dos Dison y Olibama: Dison tuvo cuatro hijos, llamados Hamdan, Eseban, Jetram y Caran: Eser tres, Balaan, Zavan y Acan, y Disan dos, Hus y Aran. Sin embargo, al regreso de Esaú solamente fueron caudillos los hijos de Seir con los hijos y nietos de aquel.

Algún tiempo despues, y antes de que los israelitas volvieran de Egipto, el gobierno declinó en monarquía electiva por lo menos entre los Horreos, que tuvieron por reyes sucesivamente á Bála, hijo de Beor, de la ciudad de Denaba, Jobab, hijo de Zara, de Bosrha, Husam de la tierra de los Themanitas, Adad, hijo de Badad procedente de Avith que tuvo guerra y venció á los Madianitas de Moab, Semla de Masreca, Saul de Roboot sobre el rio Balanam hijo Acobor y Adar casado con Metabell, nieta de Mezaab, de la ciudad de Fáu; habiendo sido los últimos caudillos de la familia de Esaú, Tanma, Alba, Jethet, Olibama, Ela, Finon, Cenez, Teman, Mabsar, Magdiel, é Hiram, que dominaban en la Idumea (1).

(1) Génesis, cap. 36, vv. 20 y siguientes.

CAPITULO XVIII.

ENVIDIA DE LOS HIJOS DE JACOB: VENTA DE JOSÉ.

El horrible asesinato de los Siquemistas habia comenzado á producir sus frutos. La vida tranquila y pacífica del patriarca Jacob terminó con él, y desde entonces sus ojos no habian dejado de llorar, ya la muerte de su querida Raquel, ya la de su padre Isaac; faltábale todavía mucho que sufrir: sus hijos manchados con la sangre de tantos inocentes, debian darle dias de mayor pesar, de mas amargura, porque aquellos hijos soberbios y despiadados, no se podian encontrar quietos y bienavenidos con sus conciencias, ni mirar sin envidia á los que fueran mayores que ellos en el camino de la virtud.

La envidia mirada entre los cristianos como pecado mortal, y entre todos los hombres, como una pasion indigna y mezquina, es del patrimonio de las almas viles, y el tormento y el castigo de los que le abrigan. Feroz y sangrienta hace que los que la tienen sufran y padezcan al ver la bondad y la ventura de los demás, y que, considerándose desgraciados, porque los otros no lo son, se aborrecen á sí mismos, y aborrecen á la humanidad. Sin

comprender que Dios no los favorece por su iniquidad, culpan á los virtuosos de los desastres que les suceden, y en vez de aplacar á Dios con el arrepentimiento y la práctica de buenas obras, quieren obligarlo con el esterminio de los virtuosos, y solamente gozan con el mal que hacen, y con los crímenes que cometen. La envidia armó la mano de Cain contra el inocente Abel, la envidia inspiró tambien el parricidio á los hijos de Jacob; y si se detuvieron á las puertas del delito, lo debieron á la misericordia de Dios, que reservaba á José, para que fuera la figura de grandes misterios.

José y Benjamin no participaron de la venganza de Siquém por su corta edad; y ya fuese por este motivo, ó porque como tenidos en la vejez inspirasen al patriarca mayor cariño que sus hermanos, Jacob los retenia á su lado, y no permitia que José, de edad ya de diez y seis años, se ocupara del cuidado de los rebaños, cuando estos pastaban en lejanas tierras. Cuando estaban cerca, ayudaban en estas fatigas á los hijos de Zelfa y de Bala. En el entusiasmo de su cariño, Jacob vistió á José con una túnica de varios colores, y esta pueril distincion, fué suficiente para traerle el ódio y la enemistad de sus hermanos (1). Poco tiempo despues

(1) Génesis, cap. 37, v. 3.

incurrieron estos en un pecado, al parecer de impureza, y el inocente José lo advirtió á su padre (1). Pasados algunos dias, el candoroso jóven tuvo dos sueños misteriosos, y hasta pudiéramos decir proféticos, y con la franqueza propia de su edad, se lo refirió á su padre en presencia de sus hermanos. Habia visto en el primero, que, estando en el campo atando gavillas, la suya se levantaba espontáneamente y las de sus hermanos se humillaban ante ella: vió en el segundo, que el sol y la luna y once estrellas le adoraban (2).

Su padre, aunque sorprendido y pensativo por lo que tales sueños pudieran significar, quiso aplacar á sus hermanos que le respondian irritados, si pensaba ser su rey, y esperaba tenerlos sujetos á su dominio; le reprendió con asperezas preguntándole si creia por el segundo sueño, que él y su madre y sus once hermanos habian de adorarle.

Pero sin embargo de estos cuidados de Jacob, los hermanos de José no se aquietaban, y por el contrario, cada momento le aborrecían mas. Poco tiempo despues, los pastos escasearon en el territorio de Hebron, y Jacob tuvo que enviar sus numerosos rebaños al campo que habia comprado en Siquém,

(1) Génesis, cap. 37, v. 2.

(2) Idem, id., id., vv. 4, y siguientes.

á pesar de hallarse á veinticuatro leguas de su morada, y desde allí á Dotaim que distaba de Samaría sobre doce mil pasos (1). Todos los hijos de Jacob, menos José y Benjamin, estaban ocupados en esta expedicion; y como pasara algun tiempo sin que su padre supiera de ellos, dispuso que José fuera en su busca, se enterase de cuanto les ocurriera y regresara á darle razon (2). José obedeció á su padre, y sin reparar ni en la distancia, ni en sus pocos años, ni en los peligros que podia correr, emprendió su marcha y llegó hasta Siquém: pero como no encontrara allí á sus hermanos, y supiera por un hombre, que vagaba por aquellos campos, que se habian trasladado á Dotain, continuó su viaje hácia este lugar (3).

Su presencia despues de tantos dias y á tanta distancia, debiera haber causado alegría á los hijos de Jacob; no solamente por ver á su hermano en aquellos parages, sino tambien por tener noticias de su padre; pero el ódio que le tenian acalló en ellos todo sentimiento generoso, y apenas le vieron se concertaron para matarlo. «Mirad, se dijeron unos á otros; hay viene el soñador: matémosle y echémosle en una cisterna vieja, y digamos que lo

(1) Génesis, cap. 37, vv. 12 y 13.

(2) Idem, id., id., vv. 13 y 14.

(3) Idem, id., id., vv. 15, 16 y 17.

ha devorado una fiera; y entonces se verá lo que le aprovechan sus sueños.» (1).

Ruben, que por su mayor edad era más prudente, y que sin duda alguna amaba á su padre mas que los otros, y que no era tan perverso como ellos, no quiso asentir á este consejo de iniquidad, y les rogó que no mancharan sus manos con sangre y que lo arrojaran á una cisterna vacía, que habia en el desierto, de donde pensaba sacarlo despues. Aceptaron por fin este consejo con alguna resistencia, y le desnudaron de la túnica de que antes se hizo mencion, y lo arrojaron en la cisterna (2). Pero estando comiendo despues, divisaron unos comerciantes Ismaelitas, que transitaban por el camino de Galaad con direccion á Egipto, y Judá aprovechando aquella ocasion, hizo presente á los demás, que la muerte de José no les produciria provecho alguno, y que les seria mas conveniente venderlo, pues que al fin era su hermano, y no debian derramar su sangre.

Admitieron todos aquel consejo, y como á poco rato se les acercaron unos comerciantes Madianitas, y en seguida los Ismaelitas, lo sacaron de la cisterna y se lo vendieron á estos por veinte monedas de

(1) Génesis, cap. 37, vv. 18, 19 y 20.

(2) Idem, id., id., vv. 21, 22, 23 y 24.

plata, que equivalen á ciento cincuenta y siete reales vellon, diez y siete maravedises; y se lo llevaron á Egipto (1).

Ruben, que no estuvo presente á este contrato, porque sin duda habria ido á cuidar las rebaños; ú otra cosa, antes de reunirse con sus hermanos se dirigió á la cisterna, pero no encontrando en ella á José, rompió sus vestiduras y les preguntó qué habian hecho de él: Mas noticioso de lo ocurrido, tuvo que consentir en ello y callar, pues que ya no tenia remedio. Entonces, tomando todos la túnica de José, la despedazaron á cuchilladas, y manchándola con la sangre de un cabrito para suponer que alguna fiera lo habria devorado en el camino, se la enviaron á Jacob, encargando á los que se la llevaron que se la entregaran, y le preguntaran, si aquella túnica era de su hijo (2).

Apenas la vió el santo Patriarca la reconoció por la de éste, rompiendo sus vestiduras y cubriéndose de cilicio, que era un vestido de luto hecho de paño de pelo de cabra de Cilicia, grueso y asperísimo; y se entregó á un dolor tan intenso, que cuando sus hijos se le reunieron para consolarlo, no pudieron conseguir de él otra respuesta, que la de que su

(1) Génesis, cap. 37, vv. 25 y siguientes.

(2) Idem, id., id., vv. 29, 30, 31 y 32.

pesar lo conduciría al sepulcro, donde todavía lloraría (1).

Dios, sin embargo, cuidaba del inocente, y los Ismaelitas, compradores de él, lo condujeron á Egipto, donde lo vendieron á Putifar; jefe de la guardia de Faraon, y uno de los principales oficiales de su imperio (2).

CAPITULO XIX.

PECADO DE ONAN HIJO DE JUDA: THAMAR: NACIMIENTO DE FARES Y ZARA.

La repoblacion de la tierra habia hecho progresos admirables, y la civilizacion iba adelantando con ella. No solamente se conocia ya el comercio en tiempo de Jacob, sino es que las naciones habian aproximado ya por su medio sus relaciones, y la amistad, y la fraternidad de las entidades políticas comenzaban á ensanchar los límites de la familia. Hacía muy pocos años que los tios de Jacob, Ismael, y Madian, hijos el uno y el otro de Abraham y hermanos de Isaac, se habian establecido en la Arabia, y

(1) Génesis, cap. 37, vv. 33, 34 y 35.

(2) Génesis, cap. 37, v. 36.

EL LIBRO DE MIS HIJOS.

ESTA OBRA SE PUBLICA POR ENTREGAS Y SE HACEN DOS EDICIONES.

EDICION DE LUJO.

Cada entrega se compone de dos pliegos ó sean 32 páginas de impresion en 8.º prolongado, con una ó dos láminas, plano, árbol genealógico, ó carta geográfica.

PRECIO.

En Madrid: Por UN MES ó DOS ENTREGAS, 5 reales.—Por SEIS MESES ó DOCE ENTREGAS 28 rs.—Por UN AÑO ó VEINTICUATRO ENTREGAS, 50 rs.

En Provincias: Por UN MES, 6 reales.—Por SEIS MESES 32 reales.—Por UN AÑO, 60 rs., franco de porte.

En Ultramar y extranjero: Por SEIS MESES, 60 reales.—Por UN AÑO, 100 rs., franco de porte.

EDICION ECONOMICA.

Cada entrega se compone de 32 páginas de impresion iguales á las de la anterior, con todos los árboles genealógicos y tablas cronológicas que se publiquen, pero sin láminas.

PRECIO.

En toda la Península: Por UN MES ó DOS ENTREGAS, 3 reales.—SEIS MESES ó DOCE ENTREGAS, 16 rs.—UN AÑO ó VEINTICUATRO ENTREGAS, 30 rs.

En Ultramar y extranjero: Por SEIS MESES, 40, y por UN AÑO 70, franco de porte.

PUNTOS DE SUSCRICION Y VENTA.

En Madrid: En las librerías de D. Miguel Olamendi, calle de la Paz, núm. 6. Sr. San Martín, Puerta del Sol, núm. 6 Sres. Tejado hermanos, calle del Arenal, núm. 20: Sr. Bailly-Bailliere, plaza de Santa Ana; y en la administración, calle de San Gregorio, núms. 21, 23 y 25, tercero, derecha.

En provincias, Ultramar y extranjero, en las principales librerías.

El tomo 1.º se halla de venta al precio de

La edicion de lujo; 12 rs. en toda España y 24 en Ultramar y extranjero.

La edicion económica: 7 rs. en toda España y 14 en Ultramar y extranjero.